

JUAN DAZA

• • • •

LA VENGANZA DEL HOMBRE
QUE NO ESTABA



I

El pobre saco del gimnasio llevaba un rato sufriendo las rabiosas acometidas de aquella joven de pantalón rosa con las efigies de Faemino y Cansado en las musleras. El esbelto cuerpo de Ana Taro, inspectora de Policía, brillaba barnizado por su propio sudor, con todos sus músculos en tensión propinando puñetazos, patadas y codazos desde todas las trayectorias imaginables, con un ímpetu más propio de una sádica que de una deportista. La mirada fija, concentrada al máximo en su ejercicio, en plenitud de energía y esfuerzo, metida en su mundo de violencia, ajena al resto de personas que practicaban todo tipo de gimnasias y artes marciales y miraban de reojo la furia desatada de la bella policía.

El saco no lo sabía, pero no era a él a quien estaba golpeando con esa intensidad. Por el cerebro de la joven pasaban imágenes de su jefe, el coronel Acuña, que le había suspendido de empleo y sueldo durante seis meses prorrogables, por no compartir con él la resolución de su último caso. Un caso que había marcado su vida como ningún otro lo había hecho antes. Durante su investigación tuvo que matar a cinco personas y a cuatro perros. Conoció a los dos únicos hombres a los que consideraba amigos de verdad, y a Philip, que se había convertido en su jefe, novio, chulo, patrocinador, amante, o lo que fuese, y que le proporcionaba una fuente de ingresos con los que jamás ella había soñado. Se estaba dando todos los caprichos del mundo: un *Lamborghini*, viajes, ropa, armas de calidad... pero llevaba unos meses prácticamente inactiva.

Había estado en Painswick, Inglaterra, más de un mes viviendo con Philip, hasta que se había aburrido de cobrar por no hacer nada. Su fiera interior, el bicho sanguinario que llevaba dentro, se revolvía entre sus vísceras harto de tanta inactividad. Necesitaba carne cruda, sangre, mierda, adrenalina y sensaciones más fuertes que dar de hostias a un pesado saco de gimnasio. No estaba viva, no sentía el calor de las emociones fuertes correr por sus venas. No estaba siendo Ana Taro. El pensar aquello hizo que clavase un terrible gancho de izquierda en el inexistente hígado del saco, que, si hubiese podido, habría llorado de dolor. Con los pulmones vaciados de aire paró un momento. Los puños aún en posición de guardia, la mirada clavada en sus odios, en su frustración.

Se relajó un solo segundo, y el mundo exterior aprovechó para entrar en ella levemente en forma de música, un canturreo que provenía de una gran pantalla de televisión que presidía una de las paredes del gimnasio, donde solían poner vídeos de motivación al esfuerzo con músicas enérgicas llenas de machacones ritmos. Pero lo que llegó a ella no fue eso, no era el habitual sonido ambiente, era algo infrecuente y a la vez muy familiar. Prestó atención. ¡Joder! Era el soniquete hipnotizante de los niños de San Idelfonso cantando los números de la lotería. ¡Otra vez, joder! ¡Era navidad! La puta navidad estaba allí otra vez, como cada año, tocando los cojones de mala manera, con sus estúpidas tradiciones de buenismo, estulticia general, comilonas y regalos. Soltó un violento uno-dos al saco, lo apresó sujetándolo con las manos enguantadas y le propinó un terrorífico rodillazo en lo que, si hubiera sido varón, serían los genitales. Muchos de los que practicaban ejercicios gimnásticos y que miraban de reojo las preciosas y prietas carnes de la inspectora, se echaron mano a sus propios testículos porque notaron solidariamente el dolor que aquel golpe tenía que haber infligido a quien lo hubiese recibido. Sin

dar a nadie, Ana Taro había dado una patada en los huevos a todos los mirones del recinto.

La navidad la ponía enferma. La odiaba. Era la época del año que más le revolvió las tripas. Las connotaciones religiosas que obligaban hasta a los ateos a entrar por el aro de los crédulos le resultaba insoportable.

Dios no existe, y ella lo sabía; ya estaba bien de milongas. Si Jesús de Nazaret fuese como le pintaban los artistas del Barroco, a ella no le hubiera importado echarle un polvo y punto; lo demás del personaje le parecía ridículo, ese amor estúpido de desconocedor de la naturaleza humana. Un tipo que solo quería la bondad. ¡Hay que ser gilipollas! Lo más divertido, lo que da salsa y chispa a lo humano es su maldad, su capacidad de perversión, el ingenio astuto y retorcido para dominar al resto de la naturaleza y hacerse la especie dueña y señora del mundo. Esa capacidad de maldad y violencia era la que había elevado al género humano sobre lo animal, dándole la victoria sobre competidores formidables. Si el ser humano hubiese amado a los demás como a sí mismo, probablemente ahora sería una especie extinta, o viviría en rebaños para producir leche y tiernos cachorros para las carnicerías y charcuterías de otras especies, o quizás, con suerte, viviría como los leones, en reservas protegidas para que otro animal opresor pudiese hacer safaris fotográficos, o de los otros, con sus ejemplares prisioneros. Se imaginó a sí misma en una jaula de zoo y a unos asquerosos chimpancés echándola cacahuetes entre las rejas. ¡Que no, joder! Que la vida no es amable, que es hostil.

No. A Ana Taro no le iban las doctrinas del geriátrico de Roma. Tampoco le gustaba la nueva navidad, esa de lucecitas en las calles, consumismo a gran escala y películas yanquis ñoñas a más no poder. Esa obligación que se había dado la sociedad de cenar y comer cosas carísimas esos días, de comprar regalos por la fuerza y de mentir, todos a una, a los niños con las gilipolleces de Reyes Magos y Papá

Noel. ¡Coño! Hasta los noticiarios de las televisiones públicas informaban, mintiendo como bellacos, de la llegada de Sus Majestades a tal o cual ciudad, animando a los críos a escribir cartas y conminándoles a comportamientos y rituales absurdos. Se escudaban en la ilusión de los niños. ¡Vaya una mierda! A los chicos no les hacen falta esas estupideces para tener ilusión y, además, luego viene el desengaño, el terrible darse cuenta de que todo ha sido una gran mentira alimentada por los padres, un complot de toda la sociedad para alienarles a cambio de juguetes.

Estaba enfadada; notaba cómo la rabia, como cada año por esas fechas, se adueñaba de su ser. Se puede amar, por supuesto que sí; pero se ha de odiar. Privar a la gente del odio, como pretendían esos aburridos santurriones seguidores de las doctrinas del soso y triste nazareno, era querer convertir a los seres humanos en medias personas. Y odiar, ella lo sabía muy bien, era tan interesante, tan enriquecedor y tan satisfactorio, o más, que amar. ¡Que se metiese Jesús su amor por el culo, si tanto le gustaba! Ella, Ana Taro, no renunciaría jamás a su capacidad de odiar, aunque la costase el infierno. Por cierto, ¿no era el infierno una muestra del talento para odiar del propio Dios, ese del que dicen que es todo amor? ¡Viva el odio!, reivindicó para sus adentros, mientras encabronada con el mundo se dirigía, para alivio del saco y desilusión de los mirones, a la ducha.

Los chorrillos de agua a presión que arrastraban el sudor que cubría su cuerpo enfriaron, aliviadores, los negativos pensamientos que en la inspectora habían provocado las cantinelas ildefonsinas. ¿Qué hacer? Llevaba cuatro años huyendo de la navidad, encerrándose en casa y desconectando el móvil para no ver ni recibir las felicitaciones algodonas de familiares y conocidos. Pasaba esos días enfurruñada y sola, con ganas de quemar abetos y guirnaldas; y se había dado cuenta de que, al fin y al cabo, la navidad le obligaba

a tenerla presente, como la mano que exprime el limón. Quisiera o no quisiera, le condicionaba para ejercer un comportamiento que no era el suyo habitual. ¿Qué hacer? Volvió a pensar. ¿Cómo le gustaría pasar esos días? Pues sin cambios; pero eso era imposible porque el resto de la humanidad cambiaba, sacaba a relucir su uniforme aborregado de sonrisas y buenos deseos. Si pudiese se encerraría, pero no sola. Se imaginó en una cabaña perdida en las montañas, con un buen fuego y con Martina de Oladeros por toda compañía, en pelotas, disfrutando de la gracia, la clase y la belleza de la extraordinaria pintora cada segundo de aquellas ridículas festividades. ¡Ojalá! Pero era imposible. Solo había disfrutado en una ocasión de las delicias de su admirada amiga, y había sido inolvidable; pero desde el verano no se veían, cada una con su vida, cada una con sus compromisos, y esos compromisos aumentaban exponencialmente para Martina en navidades. ¡Vaya mierda! Estaba a punto de resignarse a pasar confinada otras fiestas cuando una luz iluminó sus oscuras cavilaciones. Había otra persona con la que pasar aquella tormenta de bondad prefabricada: Julián, el bueno de Julián, el solitario bibliotecario jubilado. El viejo, grande, gordo y barbado Julián. ¡Coño, si hasta se parecía a Papá Noel! Solo que con cara de más mala leche. El recuerdo de su amigo la animó. Ya que el plan con Martina no era más que un bonito sueño, le pareció una buena idea visitar al bibliotecario. Además, la pintora estaría pasando las putas entrañables fechas con la familia de su marido en el mismo pueblo, y era posible que se viesen. Se puso alegre, y su cabeza empezó a desarrollar ilusiones que venían como una fila interminable a su imaginación.

Se secó y se vistió. Con una sonrisa en la boca y otra en el espíritu salió contenta del gimnasio, y montando en su *Lamborghini Aventador* se dirigió, siguiendo los planes que acababa de pergeñar, al *Corte Inglés*.

Aparcó en el parking del centro comercial y se dirigió a la planta juvenil. Allí, traviesa, adquirió un body rojo y unas mallas de lycra, con efecto piel, también rojas. Encontró un tres cuartos de paño rojo con el cuello y los puños vueltos en borreguillo blanco. Añadió al conjunto unos botines rojos, por supuesto, también con adorno de espesa lana blanca en la caña. El gorro de Papá Noel estaba en la sección de fiesta. Se puso todo lo adquirido en el probador y se rio con ganas al ver en el espejo a la Mamá Noel más sexy y locuela que hubiera visto jamás: ella misma. Estaba deseando ver la cara del bibliotecario cuando se presentara en su casa de esa guisa.

Pasó por la sección de música y buscó CD's que no tuviese su amigo. Eligió cosas de Zaz, Mumford & Sons, Asaf Avidan, Florence and the Machine y North Mississippi All Stars; el viejo ya tenía en su colección bastante heavy y rock duro, un poquito de calma para compensar tanta acerada guitarra no le vendría mal, ni a ella.

Por fin bajó hasta la planta del sótano, donde se encontraba la tienda gourmet. Compró un jamón de Jabugo curado en Monesterio, anchoas de Santoña, queso marrón noruego, tres latas de un caviar granadino carísimo, carne de cangrejo ruso y otras exquisiteces en conserva, amén de turrónes duros, blandos y pralinés de todos los sabores que llamaron su atención. En previsión de que Julián no tendría la despensa muy llena y de que a ella se le daba fatal cocinar, añadió a la cesta carrilleras, pularadas, jarretón y cochinillo precocinados por *Cascajares*. Una caja de tres botellas de *Vega Sicilia «Único»*, otro estuche de 1997 de *Monte Aixa* crianza, un par de botellas de *Hennessy Paradis* y otras dos de vodka *Beluga Transatlantic*, champán francés de cuatro marcas diferentes y un pack de treinta y seis botes de cerveza *Mahou*. Había cervezas de todos los tipos y marcas, sobre todo artesanales; Ana Taro se preguntó para qué se ponían a inventar cervezas si la *Mahou* ya estaba inventada. Un mozo de reparto le ayudó a llevar

todas sus compras hasta el aparcamiento y tuvo serios problemas para que le cupiese todo en el escueto portaequipajes de su vehículo.

Cuando llegó a casa preparó un voluminoso equipaje. No sabía cuántos días se quedaría en San Martín, ni el frío que haría en la casa de Julián; aunque recordaba haber visto radiadores en todas las estancias y una caldera de gasoil. Pero Burgos, aunque fuese al sur de la provincia, era Burgos. Decía el viejo chiste que en Burgos solo había dos estaciones: el invierno y la de ferrocarril. Así que fue previsora. Se vistió con las prendas rojas recién adquiridas, metió su enorme *trolley* en el asiento del copiloto y salió de Madrid con ganas de ver campo, aunque estuviese helado.

En la radio oyó que iba a nevar; temió que la nevada le pillase en la sierra de Guadarrama, pero no fue así: hasta que no llegó a Aranda de Duero no cayeron los primeros copos. No la preocupó, hasta su destino solo quedaban treinta kilómetros. Fue entonces cuando se percató de que había hecho todo aquello contra lo que había estado despotricando mentalmente en el gimnasio. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era el puto espíritu navideño del que hablaban tantas insoportables películas norteamericanas? Y el caso es que se lo estaba pasando bien: se había divertido comprando compulsivamente estupideces que para nada la eran necesarias, y se estaba divirtiendo pensando en las reacciones de Julián ante su inesperada visita y sus caros regalos, en las posibilidades de encontrarse con Martina de Oladeros, incluso en volver a ver a su amigo el sargento de la Guardia Civil de Roa Federico Valdepila.

Poseía una personalidad paradójica, de eso no había duda. Era ella y sus contradicciones, y sus contradicciones eran ella. La vida no tenía un argumento ni un guion al que obedecer, solo después de pasados los acontecimientos se les podía atribuir un argumentario, incluso una lógica implícita a los hechos válida para cualquier posible psicoanalista. Antes no. Podía ser todo, podía ser nada; pero mientras

no fuese se vivía en la ilusión, y era un buen lugar donde estar. Se acordó del difunto Augusto Maqueda, el hombre más bello del que tenía noticia, el gran follador del que había heredado los amantes y la casa del pueblo; todo el mundo decía que eran iguales. ¿También Augusto se llevaría la contraria a sí mismo pensando una cosa y realizando la opuesta?

Si hasta le estaba gustando ver nevar mientras conducía. La nieve estaba cuajando, y la vega de la Ribera del Duero adquiría con su blancura un aspecto de silencio absorbente, de calma. No era ningún paisaje de postal navideña; parecía más una estepa rusa, amplia y grandiosa, a la vez que sórdida y nada acogedora. Daban unas ganas terribles de refugiarse al calorcillo de un hogar en compañía de seres queridos. Eso era lo que iba a hacer en pocos minutos.